



Breve historia de un amor feminista

Flora Uribe

Feminista, artista, florauribe@gmail.com

Yo/Una

El corredor de la universidad era estrecho, las paredes pintadas en tonos grises parecían acoger con desgano a jóvenes atiborrados de ideas y surcados por las incertidumbres propias de sus circunstancias. Fue allí en donde la vi por primera vez. Ese lugar sombrío albergó por un instante, una luminosidad inesperada: era el cruce entre la Facultad de Sociología y la de Filosofía. En ese estrecho espacio una se topaba con frecuencia con otros estudiantes y era difícil esquivarlos, enredados en sus propios pensamientos. Una mañana vi, de frente, unos ojos de color indefinido, unas veces amarillos, otras; verde otoño, ojos felinos y vegetales a la vez. Los vi bien abiertos, incandescentes casi, mientras miraba y hablaba con un amigo común que me daba la espalda. Vi esa mirada grande, franca, generosa y brillante abarcarlo todo, y esta imagen se cristalizó en mi memoria y ha permanecido allí, entre el borbotón de recuerdos que conforman la vida. Ella estaría, pienso ahora, contando alguna historia chispeante que alimentaría la imaginación de su atento camarada.

Este corredor austero y angosto fue dando paso a mis afanes en los días de estudiante en aquella universidad tan gris como su arquitectura, cerrada en sí misma, en donde el aire circulaba con dificultad en un atajo de claustros, de barreras para el pensamiento liberador que yo buscaba.

No sé cuánto tiempo pasó desde ese encuentro o desde esa visión hasta el día en que la conocí. Ella y yo continuamos nuestros caminos, cada una acompañada de sus dilemas y preguntas, creyendo descubrir realidades, bordear universos de saber, volviendo una y otra vez a las pesquisas por el ser y por la sociedad. Una amiga, con quien

yo solía estudiar y con quien me unía una amistad seca y recelosa, amistad que se nutría por el gusto de ambas por el estudio y el conocimiento, me insistía en presentarme a una estudiante de filosofía de la universidad que era una apasionada por un tema que nos interesaba. Accedí entonces a conocerla.

Llegué a la mesa de la cafetería en donde habíamos convenido reunirnos y ellas hablaban ya, animadamente. La conversación fue leve y amable y acordamos estudiar una vez a la semana. De allí en adelante fueron días de lectura y discusiones en donde abordábamos los temas con entusiasmo y curiosidad, intercambiando libros, fotocopiando artículos y seleccionando bibliografías. La intensidad y la alegría del conocimiento no estaban exentas de dudas e incertidumbres y estos cuestionamientos hacían de esta, una incursión apasionada, retadora e intrincada. Los temas que nos llevaban a los misterios de la psique, a la pregunta por el ser, a los intrínquilos de la marea social y sus contradicciones, también los adobábamos con jornadas de poesía, trueque de obras de literatura contemporánea y escapadas al campo, lejos de la ciudad.

Ellas/Nosotras

Fueron años de ardor y desazón, de interrogantes y aventuras, borbotones de lecturas y conocimientos desatados, deshilados, vueltos a hilar, escribir, volver a escribir, releer, investigar. Llegaron Hegel, Heidegger, Kant, Comte, Durkheim, Parsons, Marx, Saint Simon y una larga lista de señorones del Pensamiento con mayúsculas. Ni una sola mujer nos visitó en el apretado currículo universitario. A ellas las iríamos descubriendo en nuestros propios sueños, con nuestras manos, acariciando

los libros, en los entresijos de las páginas y en los dobleces de las letras.

Podíamos reírnos y darles un leve respiro a esas jornadas de estudio, las tomábamos muy en serio y a la vez había un aire festivo y poco acartonado. La academia y el saber no eran sagrados, había algo de pagano, de subversivo, de contestatario en la forma en que pensábamos, en la manera de abordar el conocimiento. Esa desazón, esa tribulación, ese no-estar-en-el-mundo como se debe, partía quizás de nuestra inquietud por la palabra, por el cuerpo y el deseo, y así, con ese mismo atrevimiento desconfiado incursionábamos en el saber que nos ofrecía el sistema. Con unos ojos perplejos y ávidos por adentrarse en los misterios del alma individual y colectiva, en el decirnos en nuestra existencia, en desdecirnos, en nombrarnos y desaparecernos para volver a ser: así encarábamos el saber.

Ninguna mujer en nuestra bibliografía, en el amplio universo del conocimiento de Occidente y por cuyas rendijas nos adentrábamos. Éramos unas jóvenes huérfanas de madres, de hermanas, de amantes, de sabias y nigromantes. Sin saberlo en aquellos tiempos, éramos unas huérfanas buscándonos a nosotras mismas, tanteábamos en la oscuridad de un saber enseñoreado, intuyendo con perplejidad que quizás estábamos agazapadas y prontas a ser descubiertas por nosotras mismas.

Yo/Una

La vi por primera vez, digo, en ese cruce en un corredor del hermético edificio de la universidad. En ese momento no lo pensé, pero ahora sé que intuía que esos ojos eran capaces de proveer de brillo los rincones más sombríos. Recuerdo la oscuridad que percibía al entrar al garaje de la casa de mi infancia. De niña caminaba a tientas hasta abrir la puerta pequeña de la estancia y veía entrar a borbotones, hiriente y vital, la luz del sol de la abrasada ciudad de mi niñez. Así aparece hoy, esa mirada en el pasillo.

La primera conversación en la cafetería, alrededor de Freud y del psicoanálisis, estuvo acompañada por tres tazas de café negro, de muy dudosa calidad, azucaradas, además, como era lo habitual en esos tiempos en que el cigarrillo y el azúcar eran bienvenidos sin objeciones. Yo apenas empezaba a descubrir la delicia amarga del café, aunque por

aquellos días lo endulzábamos, yendo en franca contravía de su naturaleza seca y austera.

En aquella ocasión no recuerdo haber notado la extraña tonalidad de su voz, quizás porque en esos días no estaba tan quebrada y oscurecida por su indómita afición al tabaco. Igual, ella había sido siempre una niña ronca, decía su padre. Yo sentía que a pesar de que su voz era áspera, hablaba con gracia y era una herramienta utilizada para hacer frente a los argumentos que la desafiaban.

Ella/Marta

Era alegre, Marta. Quería contar todo lo que estaba estudiando y todo aquello que quería entender, argumentaba sus tesis con pasión y ahínco, siendo difícil rebatir sus planteamientos porque, por regla general, los argumentos estaban bien contruidos, aunque en ocasiones hiciera uso de sofismas y soliloquios desconcertantes, más chispeantes y brillantes que sostenibles. Esto la engarzaba en discusiones largas y apasionadas, hecho que le acarreó más de un contrincante ofendido que era motor de enconados rencores posteriores. También, hay que decirlo, estas disertaciones acaloradas y ricas tejieron afectos que se sostuvieron a lo largo de los años y fructificaron en proyectos corajudos.

Marta era graciosa. Su humor agudo y rápido les confería a sus conversaciones, fueran estas fuertes, polémicas o no, un toque a la vez amoroso y receptivo. Las peleas, que muchas veces terminaban en distancias y heridas intelectuales poco a poco cedían el agravio y daban paso a la concordia entre ideas que se hacían más agudas y ricas, al haber sido cruzadas por sus interrogantes potentes y asertivos.

Ella era implacable, era una amazona y una bacante.

Ellas/Nosotras

Años después, cuando ellas se interesaron por la astrología, por las cábalas y las especulaciones que sugerían los movimientos caprichosos de los planetas que dibujaban trazos, unas veces azarosos y otras complacientes, vieron con júbilo la rica asociación Sol-Júpiter que, sin duda, marcaba en su destino el prodigio de una alianza entre la conciencia y la fortuna mayor.

Dora Ramírez, "La Guajira", acrílico sobre lienzo, 1969, Colección Particular, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón



Ellas se enamoraron. Se fundieron, se esquivaron, se sorprendieron, Rieron. Lloraron. Vieron su tristeza y sintieron sus heridas. Se miraron a los ojos, oyeron la voz y la melancolía. Intuyeron la fuerza y la potencia de la vida en ellas.

En tiempos en que la muerte acechaba al menor movimiento de cambio, presta a asaltar un gesto amoroso no acorde con los patrones y a apabullar la exaltación del deseo-otro, ellas eran cautelosas. Su rebelión sabía del poder del patriarca —aún sin conocer su nombre— de tal manera que cuidaban su amor abrigándolo con chispas de espontaneidad y una libre soltura que quizás rayaba con una llana candidez.

Yo/Ella/Nosotras

Yo la veía moverse. Sabía cómo leía subrayando los párrafos con cuidado, siempre con un movimiento suave del lápiz, no como yo lo hacía, con líneas sueltas y rápidas, sino tejiendo trazos delineados con una pequeña regla de madera, como si con ese gesto atrapara una idea preciosa, retuviera un comentario imprescindible, como si al trazar la línea, el concepto y la emoción que sugiere la lectura, fueran a quedar grabados en su espíritu. La escuchaba leer párrafos enteros de los grandes hombres que solíamos estudiar y declamar de memoria poemas completos de sus juglares más queridos.

Pasados los años, la vi emocionarse al descubrir la escritura de las mujeres. Exaltada ante este develamiento, era la palabra que faltaba, el decirse esquivo que ahora la arrollaba con una delicia y un dolor que siempre estarían presentes en su vida.

Así, de esta manera, llegó Sylvia Plath, con su desgarrada poesía, su rabia y su abandono. Virginia Woolf animó los días con un *Orlando*, lleno de pícaro ironía. Clarice Lispector, la alquimista del alma, como ella la nombraría, fue portadora de inquietantes imaginarios, y su Macabea, de la novela *La hora de la estrella*, sería un personaje entrañable para Marta. Marina Tsvietáieva y las magníficas poetisas rusas de los atormentados años de entreguerras llegaron para leerse y releerse. Entre las pensadoras estaba Hannah Arendt, quien alertaba sobre los horrores de los totalitarismos pasados, y Marta entreveía que comenzaban a asechar en nuestros tiempos. Simone de Beauvoir, María Zambrano y Luce Irigaray están

entre las filósofas feministas más estudiadas por ella. Marvel Moreno, la barranquillera burguesa, rebelde y escritora magnífica, la entusiasmó en sus últimos años. Todas ellas y muchísimas más nos acompañaron y fueron poblando nuestras vidas con otros relatos, otros cuerpos, otras miradas, simbologías, miedos y pasiones que se hicieron palabra y escritura de mujeres.

Nosotras

Un lunes de junio, día de su cumpleaños veinticuatro, cruzamos hacia la vieja Europa. Una amiga que había vivido años felices en una bella ciudad señorial en el sur de Francia nos solía contar historias que lograron enamorarnos de ella, la ciudad, aun sin conocerla. Era la cuna de Cézanne, de límpidos cielos azules azotados por los vientos del Mistral, terreno calcáreo con aroma a hierbas y a lavanda. Llegamos allí cargadas de aprensiones y de ilusiones. Estábamos juntas. Todo era posible.

La ciudad y la universidad palpitaban del clamor feminista y profería al ambiente un aire libertario que nos posibilitaba pensar y actuar de una manera vasta y liberadora. Allí descubrimos el movimiento y el pensamiento feministas y la causa de las mujeres fue tomando cuerpo y haciéndose una realidad palpable que volvíamos nuestra. Mi entusiasmo por esta causa era más vibrante, mientras Marta estaba más centrada en sus estudios de literatura latinoamericana. La lucha de las mujeres por el aborto, por la anticoncepción, en contra de la violencia y la violación, por un salario y un derecho al trabajo justos, la búsqueda de un lenguaje que nos nombrara, la expresión del deseo y del erotismo femenino, la creación de un mundo simbólico de las mujeres, fueron reivindicaciones que dieron sentido y dirección a nuestra visión de la vida y marcarían un derrotero, una huella y una fortaleza para los años que vendrían.

De vuelta a Medellín, llegamos ávidas de hablar, conversar, narrar, de compartir lo que habíamos descubierto en nuestro periplo fuera de las tierras natales, traíamos maletas llenas de libros de literatura escrita por mujeres, de pintoras y escultoras hasta ahora desconocidas, libros de Historia de las Indias, que nos daban otra mirada de nuestra identidad como pueblos, de poesía y, sobre todo, ¡de feminismo! También estábamos llenas de ideas, de proyectos y sueños, imaginando un mundo en donde la palabra, el deseo y el actuar nuestro tuviera cabida y fuera expresión

de la vitalidad y de la alegría que sentíamos como mujeres. En Colombia ha sido tan difícil y doloroso ser mujer que al menor atisbo de libertad y espacio las mujeres nos colmamos de un contenido espontáneo y extraño a la vez. Así nos sentíamos.

El Primer Encuentro Feminista en Bogotá fue un catalizador y el escenario para descubrir el feminismo local y latinoamericano, ese estallido de ideas y de entusiasmo fue el fermento para las actividades que hicimos en los años siguientes: reuniones en la Colectiva de Mujeres de Medellín, marchas, manifestaciones, pintas de grafitis en la ciudad, denuncias a violadores y abusadores, programas de radio y, principalmente, nuestro grupo de autoconciencia.

El trabajo de autoconciencia que hicimos fue un largo titubear para nombrarnos, para identificar y desestructurar el deseo patriarcal hecho cuerpo en nosotras. Nos encontrábamos cada semana para conversar, sin agenda establecida. Hablábamos un poco de esto y de aquello, del cuerpo, la masturbación, la madre, el erotismo, íbamos contando las historias propias, y las dudas surgían intentando contestar y volver a preguntarnos, sobresaltadas por los propios descubrimientos, y muchas veces asaltadas por las vivencias internas. Pensábamos entonces en nuestra crianza, en la forma en que aprendimos a amar y a amarnos, y a la vez entrelazábamos esas experiencias con la conciencia naciente de la pregunta crítica frente al patriarcado y su orden de acallamiento y de muerte. El ritmo de la palabra y de la no palabra marcaba las secuencias de las reuniones.

Pronto nos fuimos dando cuenta de que era imperativo divulgar y publicar, compartir la experiencia que teníamos en el proceso de un trabajo interior colectivo. Algunas de nosotras habíamos empezado a escribir, a sacar de los cajones viejas letras garabateadas y escondidas, a dibujar, a pensar mediante la escritura. Por ello la idea de sacar una revista fue moldeándose de forma natural y fácil. *Brujas. las mujeres escriben* nace plenamente formada en su primer número con los contenidos que habíamos rumiado en nuestras laboriosas jornadas de autoconciencia.

Ellas/Nosotras

Eran cinco mujeres. Las veo tras las ventanas. Una estaba sentada en el suelo. Otra, desparramaba su

cuerpo como bien podía en un sillón incómodo. Una tomaba notas. Aquella, nerviosa, se encerraba en un silencio a gritos. Otra más, llena de anhelos, abría mucho los ojos. La tarde caliente y el ruido de la calle eran testigos y no ayudaban en sus batallas por nombrarse, por saberse y reconocerse como las desconocidas milenarias que eran.

Así eran los cónclaves de autoconciencia de ellas, duros, implacables y dolorosos. De ese proceso salieron lastimadas y resistentes, marcadas para siempre al haber pasado por el camino de fuego en la sororidad y verse unas en los ojos de las otras.

Eran cinco también las mismas mujeres que emprendieron la aventura de hacer la revista *Brujas. las mujeres escriben*. Luego llegarían otras y se irían algunas para volver.


Entre viejos armatostes, imprentas que parecían insectos gigantes y ennegrecidos brotaban de aquellas máquinas vitales y subversivas *las brujas*; palabra impresa, rotunda, valiente, vacilante, se derramaban las palabras de mujeres acalladas durante generaciones y milenios. Herederas de Antonias, Betsabés, Déboras, y Marías. Paridoras también de las que han continuado las nuevas luchas y desafíos que les planta el patriarcado neoliberal con sus garras transhumanistas y tecnocráticas y su espíritu envejecido, moribundo, rancio de lógicas de horror, sometimiento y destrucción de la vida.

Los días han dado paso a nuevas horas, a muchas horas de reflexión, labores y amores. Indagaciones, preguntas y dilemas han atravesado nuestra causa de las mujeres en su ya largo recorrido, esta ha permeado la vida en la calle, en la academia, nos ha acompañado en el trabajo y en el amor. El cuerpo ha sido tocado y transformado, así como la Psique y su compañero Eros. La causa de las mujeres ha sido nuestra, de ellas, mía y allí hemos trasegado con fuerza y voz entrecortada. No faltaron las rancheras vengativas y los tangos dispuestos al perdón y al olvido, no fueron pocos los intentos fallidos de amar/ de amarnos en libertad. Fructificaron algunas maneras de amarnos allí, en donde el patriarca no marcara sus cónicas pautas de dominio.

Ellas buscaron. Caminaron, recorrieron sendas sin guía ni mapa, la brújula era ellas mismas, el territorio se forjaba imaginándolo, tejiéndolo,

borrándolo, con intuición y asombro, cruzadas por los miedos al abandono, la posesión y el desencanto. Todo estuvo allí presente para ser inventado, hilado en un franco afán por saberse y conocerse libres, vulnerables y valientes.

Nota

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga y Flora M. Uribe P. se conocieron en 1976 y comenzaron sus actividades feministas en los años ochenta en Medellín. Con fuerza y convicción vivieron como feministas, cruzadas por los desafíos y las incertidumbres que implica vivir desde su propia verdad una larga vida juntas, hasta la muerte de Marta en el 2019. 



Dora Ramírez, "De la serie Mitos. Pola Negri", acrílico sobre lienzo, 1974, Colección Particular, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón